



¿QUÉ PIENSAN LOS NIÑOS SOBRE LA VIOLENCIA ESCOLAR? UN ESTUDIO DE CASO EN EL ALTIPLANO MEXICANO

MÓNICA LIZBETH CHÁVEZ GONZÁLEZ

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS SUPERIORES MORELIA UNAM

TEMÁTICA GENERAL: CONVIVENCIA, DISCIPLINA Y VIOLENCIA EN LAS ESCUELAS

Resumen

El objetivo de esta ponencia es analizar las violencias cotidianas que se presentan en el espacio escolar desde la perspectiva de los niños que se ven involucrados en ellas como protagonistas y testigos en un contexto de marginación social como es el Altiplano noreste de México. En los últimos años esta región se ha visto afectada por el narcotráfico y las políticas de militarización federal que han impactado diversos ámbitos de interacción social de forma cotidiana. En diversas localidades rurales, los actores escolares del Altiplano viven de forma cotidiana violencias sutiles o formas de hostigamiento que evidencian la falta de mecanismos efectivos para la resolución de conflictos. Esta situación, sumada a la narcoviencia, genera entornos de alta conflictividad escolar que afectan la convivencia y los aprendizajes. A través de un estudio cualitativo de corte etnográfico se analizan las percepciones, experiencias y estrategias de solución de la población infantil en escuelas rurales del noreste del país.

Palabras clave: Violencia escolar, percepciones, infantil, hostigamiento, narcoviencia.

1. INTRODUCCIÓN. LAS VIOLENCIAS ESCOLARES DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS ACTORES SOCIALES

La violencia escolar en México ha merecido en las últimas décadas una intensa atención por parte de las autoridades públicas y escolares, los académicos y la sociedad civil en general. Hasta el momento han existido diversas políticas educativas tendientes a prevenir o erradicar la violencia en el país: “Contra la violencia eduquemos para la paz” (2003), “Prevención Integral de la Violencia, el Delito y las Adicciones” (2003), “Escuela segura” (2004), hasta la creación de un Convenio de Coordinación para Facilitar el Combate a la Violencia en las Escuelas (2014), entre otros. Las propuestas de maestros para erradicar la violencia se han multiplicado en los últimos años generando un importante

número de respuestas locales, estatales y nacionales con alcances y resultados de diferente magnitud. La comunidad académica se ha sumado a este interés y ha conformado en la última década un campo del conocimiento que aborda las diferentes problemáticas en torno a la convivencia, la disciplina y la violencia escolar. Muchas de estas propuestas están vertidas en los diferentes observatorios que se han conformado en los últimos años (Observatorio de la Convivencia Escolar Querétaro, **Observatorio de Violencia Social, Género y Juventud, El Observatorio de Violencia Social y de Género**, Observatorio Ciudadano de Educación y el Observatorio Ciudadano de la Seguridad Escolar, **entre otros**). El estado del conocimiento del Consejo Mexicano de Investigación Educativa reporta el número creciente de investigaciones que tienden hacia la prescripción e intervención del problema más que a la comprensión profunda de las causas, mecanismos y formas de activación de la violencia (Furlan y Spitzer, 2013).

La coyuntura política, social y económica de México en los últimos años derivada de la política de combate al narcotráfico, de los programas de seguridad y de la militarización en ciertos territorios han posicionado el tema de la violencia y la seguridad como un asunto ético-político que ha permeado el abordaje científico de esta problemática. La construcción de la violencia como una problemática pública ha imposibilitado su análisis sin la condena moral que despierta a la vez que ha generado investigaciones más prescriptivas y condenatorias en lugar de favorecer la comprensión profunda de sus causas y manifestaciones. ¿La violencia en las escuelas ha incrementado significativamente en los últimos años a consecuencia de estos acontecimientos? Las diversas encuestas que a nivel nacional se han aplicado apuntan hacia una respuesta afirmativa; no obstante en el imaginario escolar no siempre se repite esta afirmación, ya que para algunos investigadores la violencia únicamente ha mutado debido al recrudecimiento de las agresiones y del manejo de armas y drogas (Aguilera et. al., 2007; González et. al., 2013); para otros la violencia ha sido parte constitutiva de los propios sistemas educativos en tanto que son sistemas autoritarios que imponen formas de pensamiento y comportamiento por lo tanto estamos ante un fenómeno de reconocimiento y visibilización necesario (Lionetti y Varela, 2008; Gómez y Zurita, 2013); mientras que otras investigaciones señalan que lo que ha ocurrido ha sido un desplazamiento de los umbrales de sensibilidad social lo que genera un desfase entre realidad y percepción sobre la violencia escolar debido a un cambio en el modelo cultural que rige la institucionalidad actual, el cual tiene tendencias “sobrecivilizatorias” (Míguez, 2008).

La coincidencia entre todas estas investigaciones reside en entender a la violencia escolar como un tipo de violencia social que se caracteriza por enmarcarse y producirse en un contexto institucional educativo. Partimos de la idea de que es un tipo de relación social donde existe un abuso de poder que conlleva a comportamientos que generan diversos tipos de daños entre los individuos involucrados (tanto de la víctima como del victimario) y que pretenden reforzar o alterar la dominación de uno sobre el otro. Si bien, regularmente se definen como violentos los hechos de agresividad extrema que provocan daños físicos, éstos episodios nunca ocurren de forma aislada o espontánea sino que se enmarcan en cierto tipo de relación social que provoca malestar en alguna de las partes aun cuando no se acepte de forma consciente o se identifique con claridad al destinatario final del daño causado. Al enfatizar en el carácter relacional de la violencia queremos dejar claro que ésta no existe por sí misma ni suele ser un fin propio, ya que se requiere de la existencia de un “otro” con el cual se tejan relaciones de interdependencia asimétrica (Furlan, 2012; Gómez, 2005; Míguez, 2012; Chávez, 2014)

En el espacio escolar confluye una diversidad de actores sociales cuyas representaciones y acciones sobre el mundo están en constante diálogo, negociación y tensión. La escuela, no sólo transmite conocimientos formales, sino que juega un papel preponderante en la construcción de subjetividades y comportamientos culturales en un proceso de socialización continuo. Estas subjetividades entran en un juego constante de reelaboración, aceptación y rechazo que convierten precisamente a la escuela en una arena de negociación entre los diferentes sujetos que interactúan en ella (Rockwell, 1995). La violencia es un fenómeno escolar que no sólo se vive en términos de poder y dominación sino también es un fenómeno sociocultural en tanto que es significado y experimentado de diversa manera por los sujetos en función de sus contextos específicos. De ahí que para los actores escolares, la violencia escolar no reviste las mismas formas al manifestarse, tiene orígenes diversos y puede llegar a ser justificada, normalizada o invisibilizada.

Un elemento clave para entender las violencias escolares es partir de la idea de que existen diferentes sistemas normativos interactuando en las instituciones de enseñanza y por ello coexisten diversas maneras de racionalizarla. El colocar en el centro de la atención el dinamismo de la violencia es pertinente ya que esto nos permite entender porque y cómo es recatalogada a partir de los parámetros socioculturales de los diferentes actores inmiscuidos en ella. Por ello, no resulta extraño encontrar que un hecho que puede ser catalogado como violento por el cuerpo de maestros no lo sea

para los alumnos o los padres de familia. De entrada, esto demuestra la urgente necesidad de construir marcos normativos de convivencia escolar participativos y democráticos que permitan una regulación incluyente de los conflictos y en todo caso de las violencias.

SOBRE LA METODOLOGÍA

El presente artículo forma parte de una investigación más amplia¹ cuyo objetivo es analizar las múltiples violencias cotidianas que se generan en el ámbito escolar en la región del Altiplano, la cual comprende a tres municipios de San Luis Potosí y a tres de Nuevo León. La propuesta metodológica fue de corte cualitativo a través de una investigación etnográfica (Hammersley y Atkinson, 1994) que incluyó la realización de recorridos de campo, observación directa, entrevistas semiestructuradas y conversaciones informales en 11 escuelas primarias (niños (as) de 8 a 12 años) de la región durante el 2014 y 2015. En total se realizaron 75 entrevistas a alumnos de escuelas rurales con perfiles diferentes: tanto a alumnos que ejercían violencia como los que eran víctimas y otro tanto que tenía un comportamiento aceptable desde la perspectiva de la institución escolar y que la mayoría de las veces fungían como testigos de las violencias escolares. Las entrevistas y observaciones giraron en torno a los siguientes ejes: a) identificación de los conflictos detonadores de la violencia, b) estrategias implementadas para frenar la violencia, c) recursos y efectividad de la intervención externa (básicamente de adultos como el profesor, directivos o padres de familia), d) racionalización y emotividad vinculada a la violencia. Todo este proceso generó información sobre los diversos tipos de violencias cotidianas que se viven en la escuela así como de los conflictos que las generan, los escenarios que las producen, las diversas respuestas y formas de afrontarla desde la perspectiva infantil y adulta así como las concepciones que sobre este fenómeno tiene los niños que asisten a la escuela.

¹ Los resultados aquí expuestos forman parte del proyecto “Múltiples violencias sociales en el espacio escolar en el Altiplano Noreste” (PAPIIT IA302416).

¿QUÉ ES LA VIOLENCIA ESCOLAR? MIRADAS DESDE LA INFANCIA

En el caso del Altiplano, los alumnos de las escuelas rurales identifican al menos 3 tipos de violencias escolares: 1) actos que “sólo” molestan o lo que comúnmente se conoce como hostigamientos o transgresiones menores: aventar papeles, recibir burlas, amenazas, apodosos o groserías, robar material escolar o personal, etc. 2) violencia física materializada en golpes, arañazos, empujones, patadas, jalones de pelo, etc. y 3) acciones intimidatorias o delictivas vinculadas al narcotráfico (posesión de armas, uso y venta de drogas, amenazas por el manejo de influencias entre bandas de narcotraficantes). Los niños varones señalan con mayor regularidad el “agarrarse a golpes”, empujar, patear, amenazar, decir groserías y burlarse sobre la apariencia física o sobre las capacidades de sus compañeros; mientras que las niñas conciben como violento ciertos actos que las hacen “sentir mal”, como los golpes, los arañazos, el jalarse de los pelos, la burla sobre su apariencia física o capacidades además de la exclusión del grupo de amigas y el inventar chismes o bien hablar a sus espaldas. Si bien en ambos géneros la violencia física ocupa un lugar importante en las interacciones escolares, existe una construcción diferenciada de lo que se concibe como violencia en la que las mujeres suelen identificar las agresiones a partir de un sentimiento de dolor o enojo además de incorporar el desprestigio o el aislamiento de su grupo como elementos que atentan contra su integridad. Es importante señalar que para las alumnas que se encuentran cursando el nivel secundaria el hostigamiento sexual es otra forma de violencia recurrente, pero además es un tipo de violencia que a veces adquiere formas muy sutiles como miradas hacia ciertas partes de sus cuerpos. Varios autores han señalado que en el caso de las alumnas es más común el uso de violencias verbales o indirectas, haciendo referencia a estas últimas como aquellas conductas que lastiman a otros a través de amenazar sus relaciones, afectar la aceptación a un grupo, difundir rumores o chismes, realiar comentarios sarcásticos, rencorosos, acusaciones infundadas o dar a conocer secretos confiados (Mejía y Weiss, 2011).

Por lo regular, al escuchar la palabra violencia escolar, los maestros y alumnos refieren al “bullying” como la principal problemática, esto implica que se focaliza el problema a la agresividad entre pares, en este caso, entre los alumnos; sin reconocer ningún tipo de involucramiento con los diferentes tipos de violencias escolares. En las observaciones de campo, fue evidente que las violencias sutiles son las más cotidianas y las más normalizadas. Este tipo de violencias puede definirse como actos cotidianos que generan algún tipo de molestia (psicológica o simbólica) como

aventar bolas de papel, empujarse, robar, comerse el lunch, decirse groserías o apodos. Los alumnos suelen tener una actitud de pasividad muy marcada hacia este tipo de actos, “no hacemos nada hasta y solo esperamos a que se harten”, señalaba Roberto de 8 años (Roberto, entrevista, 10 de septiembre de 2014). Este tipo de hostigamiento cotidiano es el que genera malestar entre los involucrados y para varios autores representan la conflictividad latente que en caso de no atenderse incrementa a niveles de violencia física o extrema (Prieto, 2005; Tello, 2005).

En la escuela rural de la localidad de La Cruz en San Luis Potosí, había un grupo cuya dinámica cotidiana dentro del salón de clases estaba llena de situaciones de violencia sutil. Los alumnos se levantaban constantemente de su lugar, se daban pequeñas patadas entre ellos, se decían apodos, levantaban la mano para pedir la palabra sin motivo real y hacían comentarios burlescos gran parte del tiempo lo cual generaba un ambiente de alta dispersión que afectaba el aprendizaje. La maestra por su parte asumía una posición ambigua ante esta situación: frente a ciertos actos verbales se mostraba indiferente mientras que asumía que moverse de la silla y levantar la mano constantemente eran actos de cuestionaban su autoridad y respondía con llamadas de atención constantes. Los padres de familia de este grupo consideraban que los niveles de violencia en el salón de clases iban en aumento debido a que la maestra no tenía la autoridad suficiente para imponerse frente a los alumnos lo que generaba indisciplina y caos al interior del grupo. Los padres de familia solicitaban castigos más severos por parte de la maestra para “ganarse” el respeto de los alumnos, “ya le tomaron la medida” señalaba una de las madres de familia (Diario de campo, 12 de septiembre de 2014).

Existe una línea muy difusa entre los alumnos y los docentes en torno a las agresiones físicas y verbales derivadas del juego y diversión y aquellas que se originan por el enojo y la agresividad. La primera es una violencia permitida y aceptada, la segunda es condenada aunque no siempre es tratada. En el marco de una “travesura” los maestros justifican acciones agresivas aunque los límites entre éstas y una acción violenta suelen definirse desde la perspectiva de las autoridades educativas. En una de las localidades del municipio de Cedral un grupo de alumnos que jugaban futbol en su horario de recreo resolvía con patadas el incumplimiento a alguna regla del juego. Este tipo de acciones no generaba reacción alguna entre los actores escolares para quienes resultaba normal la corrección a una falta a través de un golpe en el contexto de un juego. Este tipo de violencias permitidas suelen formar parte de la socialización escolar en los ámbitos rurales del noreste.

“NO NOS GUSTA PERO NO HAY FORMA DE PARARLA”

En los niños del Altiplano suele predominar un sentimiento de indefensión ante situaciones que les provocan malestar o daño derivados de las violencias escolares. Ellos no vislumbran opciones de cambio o de mejoría, lo que aumenta su pasividad y la normalización de la violencia. Por lo general señalan que el maestro o las autoridades no hacen nada, que las familias se muestran indiferentes, y en ningún caso consideran otras opciones de protección hacia este tipo de situaciones. Ante la pregunta sobre las posibles soluciones frente a la violencia, los niños respondieron las siguientes opciones: 1) que las madres de familia hablen con los hijos para que los calmen o castiguen, lo cual refleja que para los niños la violencia escolar es un asunto familiar cuyo tratamiento recae principalmente en la figura materna; 2) que los niños violentos se vayan de las escuelas o en su defecto que sean expulsados, o bien 3) que los violentos se queden siempre al lado de un adulto vigilándolo, lo cual refleja una imposibilidad de autocontrol desde la perspectiva infantil. En caso de que la violencia no termine, los alumnos solicitan que cada vez los castigos sean más duros para los agresores. Los alumnos sienten que no se les pone atención cuando se trata de violencias menores, ya que cuando comienzan los conflictos el docente no suele responder hasta que llegan los golpes o “hasta que estamos tirados en el piso” (Alexis, entrevista, 10 de septiembre de 2014). Cuando sucede esto asumen que tendrán un castigo o pagarán una consecuencia aunque tampoco hay mucha claridad sobre ellas: “a veces nos castigan, a veces nos regañan, a veces nos dejan si recreo, a veces no pasa nada” (Marlon, entrevista, 14 de septiembre de 2014). Así, los alumnos conciben a la violencia escolar como una especie de péndulo que retorna constantemente y a veces golpea más fuerte que otras.

Es importante resaltar que los alumnos de estas escuelas rurales suelen personificar la violencia escolar desde sus marcos de interpretación. Para los niños (as) el compañero que genera violencia es el “problema a atacar” por lo que las soluciones que proponen es expulsarlo de la escuela, pedirle al alumno que ya no asista más o bien hablar con sus padres para que los sancione. Esta postura es interesante ya que refleja una concepción de la problemática: los niños no se perciben como parte de un proceso de conflictividad que involucra a más de un individuo; por el contrario, se asocia a la violencia como una característica de la persona por lo que se individualiza y se asume la postura de la “manzana podrida”. Esto sin duda contribuye a la estigmatización del sujeto violento que lo coloca en una posición de condena moral lo cual dificulta el autoreconocimiento y por supuesto la

intervención efectiva. Más que considerar a la violencia como una respuesta agresiva a una situación de conflicto no resuelta se vislumbra como algo constitutivo a la persona, como algo que la define o que la caracteriza con lo que se favorece su exclusión del grupo social.

CONCLUSIONES

La violencia escolar, como cualquier tipo de violencia social, forma parte del entramado de relaciones de poder que tiene un fuerte componente sociocultural que no siempre se ha reconocido en el ámbito de la investigación (Tello 2005; Gómez y Zurita 2013; Chávez 2014). Más allá de condenar este fenómeno, el objetivo de este artículo es mostrar la necesidad de concebir a la violencia como un tipo de relación social que si bien no es natural sí se construye desde significaciones muy variadas y desde experiencias de vida muy concretas. En este caso, resaltamos las perspectivas de la población infantil partiendo de la necesidad de reconocer que no son los únicos actores involucrados en el ejercicio de la violencia. Hasta el momento la violencia escolar se ha delimitado a las agresiones entre pares, principalmente entre alumnos, por lo que es necesario preguntarnos cómo la viven, cómo afecta su vida cotidiana, qué emociones experimentan ante ella, y qué medidas de solución proponen para erradicarla. Estas percepciones además, provienen de la voz de niños que viven en contextos de alta marginación económica y social.

El mundo escolar suele estar definido por visiones adultocéntricas que imponen sus marcos de referencia a la población infantil y a través de ellos justifican la jerarquización de las posiciones y las relaciones al interior de las instituciones. Es por ello, que las acciones que abusan de esta posición jerárquica son las menos reconocidas y abordadas por los docentes o autoridades educativas. Reconocer las violencias sociales de los adultos en el espacio escolar es una tarea pendiente para avanzar en la conformación de un entorno de convivencia positiva.

Para los niños del Altiplano la violencia escolar se conceptualiza a través de golpes físicos mientras que las formas de hostigamiento o las violencias menores son las menos reconocidas aunque son vividas todos los días. Por otro lado, los alumnos se conciben a sí mismos como los principales actores que participan en la violencia, ya que reconocen al bullying como la principal problemática escolar; sin embargo, poco reconocen la

participación de los profesores y directivos en este proceso de reproducción de la violencia a pesar de que viven abusos de autoridad por parte de estos adultos. Con esto también se contribuye a la normalización de la violencia escolar al no considerar los daños causados debido a los abusos de las autoridades educativas en los centros escolares.

A través de estas voces infantiles podemos señalar que las instituciones escolares juegan un papel fundamental en la definición de las violencias permitidas y condenadas. Por ejemplo, las violencias sexuales de las alumnas suelen invisibilizarse, mientras que los hostigamientos menores se normalizan, se justifican las agresiones que mantienen la autoridad de los superiores y se reconocen sólo como graves los golpes y otro tipo de violencia física. La exposición cotidiana a formas de violencia así como las respuestas poco claras y efectivas de contención o erradicación de las mismas genera en la población infantil percepciones de indefensión y de indiferencia que motivan la pasividad y la permisividad ante este tipo de hechos. La institución escolar, se convierte en un espacio que contiene, genera y reproduce diversas violencias sociales susceptibles de ser identificadas y atendidas. Las violencias sutiles y cotidianas son las que se normalizan como parte de un sistema de convivencia escolar que no actúa frente a ellas. Establecer los límites sobre lo que es la violencia escolar resulta una tarea compleja ya que en la escuela interactúan diversos marcos normativos que afectan la convivencia cotidiana. Es por ello que resulta necesario no aislar los comportamientos de su contexto de producción o de la situación conflictiva en la que se generó. Las concepciones de los niños frente a la violencia evidencian la necesidad de construir nuevas pautas de entendimiento sobre esta problemática que ofrezcan visiones menos lineales, individualizadas y punitivas al respecto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguilera García, Ma. Antonieta, Gustavo Muñoz Abundez, Adriana Orozco Martínez (2007). *Disciplina, violencia y consumo de sustancias nocivas a la salud en escuelas primarias y secundarias de México*, México: Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación.

Chávez González, Mónica (2014). "Violencia escolar y marginación social: entre la perspectiva de los sujetos y las dimensiones estructurales", *Revista Iberoamericana de Investigación Educativa*

- (España), no. 66/2, noviembre de 2014, Organización de los estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, pp. 1-14.
- Debarbieux, E. (2012). "Las "buenas prácticas" ¿son suficientes? Violencia escolar y cuestiones culturales", en Alfredo Furlan (coord.). *Reflexiones sobre la violencia en las escuelas*. México, Siglo XXI, pp. 422-448.
- Domenach, J. M *et al.* (1981). *La violencia y sus causas*, Paris: UNESCO.
- Dubet F. (1998). "Les figures de la violence a l'école". En *Revue Française de Pédagogie*. Núm 123: 35-45. Disponible en http://ife.ens-lyon.fr/publications/edition-electronique/revue-francaise-de-pedagogie/INRP_RF123_3.pdf. (consultado el 28 de noviembre de 2013).
- Furlan, Alfredo. (coord.) (2012). *Reflexiones sobre la violencia en las escuelas*, México: Siglo XXI.
- Furlan, Alfredo. y Terry C. (coord.) (2013). *Convivencia, disciplina y violencia en las escuelas, 2002-2011*, Colección Estados del Conocimiento, México: ANUIES, COMIE.
- Gómez Nashiki Antonio (2005). "Violencia e institución educativa", *Revista Mexicana de Investigación Educativa* (México), número 26, volumen X, julio-septiembre, pp. 693-718.
- Gómez Nashiki, Antonio (2013). "Bullying: el poder de la violencia. Una perspectiva cualitativa sobre acosadores y víctimas en escuelas primarias de Colima", *Revista Mexicana de Investigación Educativa* (México), [Número 58](#), [Volumen XVIII](#). Julio-septiembre, pp. 839-870.
- Gómez Nashiki, Antonio y Zurita R. U. (2013). "El estudio de la violencia escolar, orígenes y tendencias", en Alfredo Furlan y Terry Carol Spitzer (coord.), *Convivencia, disciplina y violencia en las escuelas, 2002-2011*, Colección Estados del Conocimiento, México: ANUIES, COMIE, pp.183-222.
- González Cuevas Elda Lucía, Patricia Inzunza Rodríguez y Lourdes Benítez Ontiveros, "Narcoviencia en las escuelas". En Alfredo Furlan y Terry Carol Spitzer (coord.), *Convivencia, disciplina y violencia en las escuelas, 2002-2011*. Colección Estados del Conocimiento, México: ANUIES, COMIE, pp. 437-456.
- Guzmán G. C. (2012). "La violencia escolar desde la perspectiva de Francois Dubet: tensiones, reticencias y propuestas", en Alfredo Furlán (coord.), *Reflexiones sobre la violencia en las escuelas*. México: Siglo XXI, pp. 49- 71.
- Hammersley, Martín y Paul Atkinson (1994). *Etnografía. Métodos de Investigación*, España: Ediciones Paidós Ibérica.

- Lionetti, Lucía y Paola Varela (2008), “Las instituciones escolares: escenarios de autoridad y transgresión a la norma”, en Daniel Míguez (comp.), *Violencias y conflictos en las escuelas: aproximaciones a una problemática actual*, Buenos Aires: Paidós, pp. 203-246.
- Mejía-Hernández, Juana y Eduardo Weiss (2011). “La violencia entre chicas de secundaria”, en *Revista Mexicana de Investigación Educativa* (México), [Número 49](#), [Volumen XVI](#). Abril-junio, pp. 545-570.
- Míguez, Daniel. (comp.) (2008). *Violencias y conflictos en las escuelas: aproximaciones a una problemática actual*, Buenos Aires: Paidós.
- Muñoz Abundez, Gustavo (2008). “Violencia escolar en México y en otros países. Comparaciones a partir de los resultados del Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación”, en *Revista Mexicana de Investigación Educativa* (México), Número 39, volumen XIII, octubre-diciembre, pp. 1195-1228.
- Prieto G. M.P. (2005). “Violencia escolar y vida cotidiana en la escuela secundaria”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa* (México). número 27, volumen X, octubre-diciembre, pp. 693-718.
- Tello N. (2005). “La socialización de la violencia en las escuelas secundarias: proceso funcional a la descomposición social”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa* (México). número 27, volumen X, octubre-diciembre, pp. 1165-1181.
- UNESCO (2009). *Informe Mundial sobre la Violencia contra los Niños y las Niñas*, coord. por Paulo Sérgio Pinheiro.